

UN LEON EN WEIMAR

* *LUIS GUARDIAZ*

En el restaurante hay una junta de barbas, chalecos, pipas de humo dulzón y solemnes espejuelos. Hallo en cada ángulo un rostro conocido, quiero decir escapado de un diario, una revista o el relámpago de un noticiero de televisión. Descubro, sin embargo, una persona que no aparece en los registros de mi memoria: manos afiladas, barba cuidada y recogida como un copo de nieve. De la boquilla larguísima, el cigarro pende como una pieza recién cobrada, las cejas hablan al mismo tiempo que los ojos se diría que transparentes y parpadea la sonrisa en sus labios discretos. Bajo la boina oscura una gran cabeza sienta plaza... la corbata a cuadros, el paso firme. ¿Será un sueco, un alemán? Lo extraño es que, cuando me acerco, escucho que habla un español bastante fluido, no puedo decir de qué región sacó el acento sino que masca las palabras y eso le imprime un ritmo muy curioso a su manera de pronunciar.

A la mañana siguiente nos invitan a un paseo. Al descender por unos escalones, acosados por trémulas enredaderas verdes, vuelvo a encontrarme con el señor enigmático que ahora se cubre con una ligera capa primaveral, los dos estamos a punto de tropezar con unas severas raíces y eso nos hace reír. Alguien le ha dicho que soy cubano y me formula innúmeras preguntas sobre la isla y sus peripecias. Estamos en mayo de 1965, en el Encuentro Internacional de Escritores, que se celebra con motivo del vigé-

*Escritor y crítico cubano, miembro de la Unión de Escritores y Artistas Cubanos, UNEAC.

simo aniversario del triunfo sobre el fascismo, en la RDA. El viene de Colombia y tiene entre sus tareas principales, según me cuenta, presidir los trabajos de la asociación de amistad con nuestro país. Nos acercamos a la casa de Goethe y algunos custodios de la historia hablan de sus primeras manifestaciones y de su creciente apropiación del mundo plástico y literario de su época; alguien pregunta por el significado verdadero que tuvo en su vida Charlotte von Stein. Entramos a ese curioso museo donde los objetos parecen velar el sueño de su entrañable señor. Aprovecho que una estatua de Apolo llama la atención del colombiano y en voz baja le pregunto a Miguel Angel Asturias —¿Quién es este amigo de la barba mefistofélica?— El autor de *Una cierta mulata* (o “Mula de tal”) esa obra que ahora invade los estancillos de París, me responde en tono admirativo —Es León de Greiff. El asombro seguramente se me ve en la cara. Cómo no va a ser así si este de Greiff está muerto hace años.

El asunto comienza una década antes, en Camagüey (Cuba). Estamos Escardó, Alvarez Puga y otros literatos poseedores de esperanzados poemarios inéditos y nos pasamos de mano en mano una convocatoria que acabamos de recibir de Caracas y que trata del premio bial de poesía León de Greiff, dotado con cuatro mil bolívares y medalla de oro, más la publicación de la obra en quinientos elegantes ejemplares, doscientos de los cuales —¡bella cifra!— serán remitidos al autor y el resto a instituciones culturales. El promotor del premio es el arquitecto Carlos Celis Cepero “en testimonio de admiración al gran escritor León de Greiff... como homenaje a uno de los maestros de la literatura colombiana y estímulo para todos los poetas de habla hispana de América y Europa”. El concurso quedaba oficialmente abierto el 22 de junio de 1956”, fecha correspondiente al sexagésimo aniversario del nacimiento del poeta”. En noviembre, con ocasión de la Feria Internacional del Libro que habría de efectuarse en la capital venezolana, se entregaría el premio. En el jurado, entre otras figuras, sobresalía el nombre de José Ramón Medina, y sus organizadores especificaban que cada dos años se otorgaría el premio, pero siempre el 22 de junio, como parte de los festejos por el cumpleaños del poeta. Hacemos planes, si uno de nosotros resultare ganador auspiciaría la edición de un libro perteneciente a un miembro del grupo, ¡Trato hecho! Pero una señora mayor dice que si ella —que en este instante presilla su poemario— obtiene el premio no compartirá su dinero con nadie. Es, ya lo dijimos, una señora entrada en años. un rayo tenue de invierno da contra sus espejuelos.

Varias semanas ha de durar este juego poético. Cada uno va armando su poemario. El mío se llamará **Nomenclaturas** y, a pesar de ese entusiasmo inicial, nunca será enviado al concurso.

—No. Nunca he estado muerto. Es cierto que los concursos se inspiran en vates desaparecidos. Pero en este caso se trata de un homenaje que Carlos Celis, ese querido loco, me quiso tributar en vida— dice León riendo con sus ojillos pícaros. En realidad no conocemos aún el grueso de su obra, más bien gustamos de las piezas que divulgan las revistas y las antologías y saltan de los sombreros de mago de los declamadores:

*Juego mi vida, cambio mi vida,
de todos modos
la llevo perdida...*

*Y la juego o la cambio por el más infantil espejismo,
la dono en usufructo o la regalo...*

*La juego contra uno o contra todos,
la juego contra el cero o contra el infinito,
la juego en una alcoba, en el ágora, en un garito,
en una encrucijada, en una barricada, en un motín,
la juego definitivamente, desde el principio hasta el fin,
a todo lo ancho y a todo lo hondo
—en la periferia, en el medio,
y en el sub-fondo...—*

*Juego mi vida, cambio mi vida,
la llevo perdida
sin remedio.*

Sarusky y yo compartimos en ocasiones la mesa de comer con León que nos regala sus invenciones y nos habla de las anécdotas de su vida en Medellín, Bogotá, el mundo, la conversación suele prolongarse en los paseos que nos llevan a la taberna de El Cisne, a la casa de List, a los predios de Wagner. Es un sencillo gozador de las grandes y pequeñas cosas de la vida, este de Greiff, autor de ese "Relato" que él atribuye a Sergio Stepansky el cual declara que cambia su vida cotidiana, que pone en el tapete verde de la aventura esa existencia precedera, —que de todos modos no puede embridar— a cambio de la vida alígera y perdurable del poema, representado por grandes estruendos, por acontecimientos históricos y por el ruido de la yerba que nace. No conforme con inventar un autor, también inventa una cita que atribuye al enigmático Erik Fjordsson y que dice: "¡Juego mi vida! Bien poco valía! La llevo perdida sin remedio". Su buen amigo Jorge Zalamea dijo alguna vez que León era "apoderado general de un consorcio cosmopolita de poetas". Lo cierto es que nadie en América y acaso en el mundo inventó tantos nombres para escapar de sí mismo. Su libro titulado **Relatos** ofrece a los pesquisantes los nombres de doce posibles culpables (Gaspar Aldecoa, Fjordsson, Ramón Antigua, Claudio Monteflavo, Skalde, Diego de Estuñaiga, Gunnar Fromhold, Proclo, Hérald el oscuro, Sergio Stepansky, Guillaume de Lorges), pero también lo representan Leo le Gris, Beremundo el Lelo, Alipio Falopio, Patonto Bandullo...

No únicamente en nuestra desprovista juventud sino aun mucho después, cuando los viajes y las lecturas nos permitían conocer y reconocer cada una de las voces del coro, hubiésemos jurado que este poema con punta

*Vano el motivo
desta prosa:
nada...*

Cosas de todo día.

Sucesos

banales.

Gente necia,

local y chata y roma

Gran tráfico

en el marco de la plaza.

Chismes.

Catolicismo.

Y una total inopia en los cerebros...

pertenece a Luis Carlos López, más exactamente a su poemario titulado **De mi villorio** (1906), y que una malévola había dispuesto de otra forma algunos signos ortográficos, ciertos giros, con el ánimo de confundirnos al borrar las consonantes y la estructura en general de la composición. Sin embargo la página apareció en el libro titulado **Tergiversaciones** (1925) del joven y ya experimentado León; otras la secundan y la afirman: **Filosofismos**, con esa "Tarde dura de sol, de luz intensa./ Tarde inmóvil, de cielo azul bruñido/ Edificios herméticos; y ese fijo horizonte/ entristecido" y **Facecias**, que nos presenta a un demoniaco representante de la máquina: "Oh tropical/ ferrocarril/ fruto del mal/ ingenieril! ... Un buen remedio! La ferroviaria/ descarrilosis". La "Balada de los búhos estáticos" nos hace pensar en otro colombiano fundamental, José Asunción Silva.

Y los búhos decían su trova,

y arre, arre,

decían a su escoba

las brujas de aquelarre

León no era **un sueco o un alemán** como yo pensaba, dudando; **era sueco y alemán** si atendemos a las sangres que lo formaron. Pero no: Americano, de Colombia, atento a las invenciones de los parnasianos y los simbolistas, modernista y postmodernista, explorador de los vastos territorios vanguardistas, infatigable saqueador de los viejos baúles, anacrónico y moderno, gozador de la música, frustrado ingeniero y siempre difícil de agarrar, de situar, de clasificar, pues no sólo tiene varios nombres, como trajes y camisas para cada ocasión, sino también varias voces. En rigor no se parece mucho al León de los **Relatos**, este cantor de suave música:

Pues si el amor huyó, pues si el amor se fue...

dejemos el amor y vamos con la pena,

y abracemos la vida con ansiedad serena,

y lloremos un poco por lo que tanto fue...

Pues si el amor huyó, pues si el amor se fue.

.....
Corazón mentiroso! si siempre la amaré!

¿Se encantarán unos con este joven enamorado de raíz romántica? ¿se desencantarán los que gustan del enrevesado y complejo cantor? Eso no

importa al autor de **Variaciones alrededor de la nada**, que dejó escrito en su "Admonición a los impertinentes".

Yo deseo estar solo

Quiero catar silencio, mi sola golosina

Y entonces repite como, en son de guerra, todo lo que para separarlo, para malamente diferenciarlo, se ha dicho de él: "Como yo soy el Solitario/ como yo soy el Taciturno/ como yo soy el Mosco/ como yo soy el Arbitrario/ como yo soy el lucífugo, el Nocturno,/ dejadme solo". Prosigue calificándose de "esquivo", de "juglar oculto" que no presume de Orfeo y quiere que lo dejen solo, a él, Leo Atrabiliario, "soplando mi caña silvestre". Claro que detrás de esta solemne declaración no hay un anacoreta sino un inventor de mitos que carga contra los impertinentes, al cabo no es nada fácil hallar un ser tan solidario y preocupado por su prójimo como León. Pero siempre quiso que lo vieran como un raro, sacado por encanto de la lejanía de los vikingos, sus antecesores, con los que no establece acuerdo alguno porque odia la conquista y el sometimiento.

León es en esencia un colombiano que coquetea con los símbolos de otras culturas para afincarse, acaso demasiado, en la lengua que aprendió de niño, en los escritores que lo formaron y que él no quiere copiar sino suceder, para lo que se ejercita en una interminable maestría. En particular lo obsede todo silencio y todo sonido, lo sacude la música que no compone ni interpreta y que él se empeña en perseguir en la página en blanco:

Escucha el silencio que canta:

Sopla, sopla, músico pobre,

en la madera o en el cobre;

la panza del asno sacude;

raspa las crines y golpea

marfiles y ébanos. Y escucha:

¡escucha el silencio que canta

sin garganta!

El lector apacible no terminará ningún poemario de León de Greiff, se aturdirá con sus baladas estridentes, sus cancioncillas, sus cantigas, sus marchas, sus nocturnos, sus sonos, sus címbalos, sus violas o trombones, con el rebuscamiento fatigoso junto al cual nace de pronto una planta silvestre; el clasificador que guste de fijar mariposas con alfileres a la pared no podrá clavarlo fácilmente en una escuela y eso seguramente terminará por enojarlo; los sociólogos al uso hallarán que no se ocupa de cosas terrenales y doblarán la página; los vanguardistas, los supremos coloquialistas no van a apreciar sus esfuerzos y lo declararán momificado. Pero esos son **los impertinentes**. En verdad, pocos escritores me han resultado tan familiares y querenciosos en lo íntimo y en lo público de la conversación. En Weimar, por ejemplo, él y Carlos Luis Fallas represen-

taban la simpatía humana, y; vaya si asumían la escritura de un modo diferente! Uno se sentía con ellos en familia. Se hablaba de guerras, manifiestos, huelgas, tertulias, se bebía un poco de vino, salíamos a celebrar la primavera y todo iba bien. A veces León nos leía un fragmento de sus poemas y lo hacía con precisión y dominio, no era un cantor que se enredaba leyendo lo que escribía, por difícil que fuera el fragmento, él lo había trenzado a su voz y juntaba cada palabra como quien ensarta perlas de casi invisible orificio. Nuestra América debía tener un poeta así. Y lo tuvo. Nosotros no escribiríamos como él. Pero él de ningún modo iba a escribir como ninguno de nosotros. Y eso estaba bien. A veces, cuando el trajín disminuye o aumenta excesivamente, volvemos a leer **Correspondencias**:

¡La canción ebria! ¡La canción rara!
¡La que se canta cuando las copas
prenden incendios en las estopas!
¡La canción ebria! ¡La canción rara!

Enseña León el jazmín oloroso de la picardía: “En la alameda/ de ese jardín/ canta el violín/ con voz de seda/ de la arboleda/ por el confín/ perla en latín/ el Cisne a Leda...” Y, de pronto:

Más cerca —loca
por el Abate—
Clorinda cede...

cede su boca...
Breve combate.
Todo se puede.

A veces León nos recuerda al cadencioso López Velarde “Mi juventud al desconsuelo emigra” o bien “Añoro las improbadas mieles/ de unos vírgenes labios que el amor enajena”. Feroces son en ocasiones sus despedidas:

adiós, ¡abur!—. El torvo tiempo atigra
su ceño y en sus zarpas ya peligra
mi juventud desnuda prisionera.

Le conté que también nosotros decíamos **abur**, con obstinada constancia, en Camagüey. Y eso nos llevó a un censo de aquellas palabras que en Antioquia o en toda Colombia se usan, con la misma intención que en mi provincia.

Tres años después nos encontramos en La Habana. El había venido como invitado al Congreso Cultural que en nuestra capital se efectuó a principios de 1968 y después participó como integrante del Jurado del Premio Casa. Con Jorge Zalamea y José María Arguedas nos vimos con cierta frecuencia y charlábamos de esto y aquello y, como ocurre en estos casos, **contra esto y aquello**. El último encuentro fue en los jardines del restaurante 1830. Nuestro invierno hacía de las suyas, levantando olas enormes y atronadoras cuyas crestas blancas parecían desmesurados

fantasmas que provocaban a nuestra imaginación. Se habló de la novela gótica, de la situación política en Colombia, en el Perú. Todos estábamos a punto de partir. León y José María para nunca jamás.

Fue un buen amigo León y un poeta grande y singular. He vuelto a leer sus **Relatos** en la preciosa edición de Carlos Valencia, con las imprescindibles ilustraciones de Antonio Roda y un atinado y cálido prólogo de Boris de Greiff. Hay una foto de sus últimos años que lo fija magro y obstinado, en la función de prender fuego a su cigarrillo. Quijote sin yelmo es León en esa estampa última. El prologuista reproduce un fragmento del discurso que el autor del **Libro de signos** pronunció en su natal Medellín, en octubre de 1973, en ocasión de un premio. "Si algo caracteriza mi vida literaria —dijo entonces León— es el hecho de que nunca he renegado de mis tierras: la antioqueña, la sueca y la alemana. Antioqueños y suecos y alemanes fueron mis abuelos. Antioqueño, por tanto soy yo, como lo son también mis hijos. Lo que más agradezco de este homenaje, es el acto en sí y la profundidad de su significado, porque implica que la tarea creadora ha sido entendida y valorada por mis paisanos; los cuales, por otra parte, están dondequiera en mi poesía, bien con referencias a personas, a situaciones o a lugares que fueron y son gratos a mi espíritu". Cree oportuno Boris de Greiff recordar cómo surgió uno de los más bellos relatos de los recogidos por su padre hacia 1936 en **Variaciones alrededor de la nada**, me refiero al titulado "Relato de Ramón Antigua", que según, contaba el autor surgió como una réplica a García Lorca cuyo estilo señoreaba por entonces, es jugosa la anécdota, pero mejor el relato:

*En el alto de Otramina
ganando ya para el Cauca
me topé con Martín Vélez
en qué semejante rasca,
me topé con Toño Duque
montado en su mula blanca,
me topé con mister Grey
el de la tacheña barba.*

.....
*mientras se parla se fuma;
se bebe mientras se yanta;
se conversa en hiperbólico
cuasi mentir, mientras canta
la marmita en el fogón
mientras sueña la montaña
—sueño de ceibos robustos
y de esbeltísimas palmas—...*

Boris, notable ajedrecista, ha participado en varias ocasiones en torneos internacionales que han tenido por sede a Camagüey, sé que ha departido con los jóvenes de los Talleres Literarios. Pero ¿alguien le ha contado que en 1956 Rolando Escardó preparó y envió una selección de sus poemas al Premio León de Greiff?

Nos despedimos del viejo poeta que está en el Olimpo de su tierra, con estos sabrosos versos tomados del relato de su Guillaume de Lorges:

Yo, señor, soy acotista.

Mi profesión es hacer disparos al aire.

Todavía no habré descendido la primera nube.

Mas la delicia está en curvar el arco

y en suponer la flecha donde la clava el ojo.

.....
Nada más. Nada menos.

Y tengo sueño y tengo sed, señor. ¡Salud!

Y abur, señor abur! Y hasta otra vista.